

Prólogo

Si bastara hacerlo, pronto quedara terminado.

WILLIAM SHAKESPEARE, *Macbeth*

Prisión de Newgate, 1834

Hacía buen día para un ahorcamiento. En la ciudad de Londres, el aire primaveral encerraba la promesa del bucólico verano aún por llegar y allá arriba, muy por encima del patíbulo, los chapiteles de la iglesia del Santo Sepulcro se derretían como crema caliente entre las nubes del cielo azulado.

El buen tiempo había atraído, naturalmente, a una muchedumbre aún mayor de mirones y buhoneros, todos los cuales se hallaban ahora arremolinados codo con codo para disfrutar del jolgorio de la ejecución. Y eso que el condenado no había sido sacado aún a rastras para que hiciera sus súplicas y sus oraciones y, si el gentío tenía suerte, quizás, hasta para que se orinara encima.

Imponiéndose a la algarabía general se oían los gritos de los vendedores de empanadas y de las naranjeras, junto con el airoso reverbero de una gaita tocada por un marinero de tez oscura que se paseaba entre la multitud con un pequeño mono encaramado al hombro. Por último estaban los vendedores de periódicos, que meneaban en el aire su mer-

cancía mientras gritaban titulares tan truculentos como salaces, pues era el día de airear cada detalle del brutal asesinato de lord Percy Peve- ril y de sus rocambolescas consecuencias.

Porque, a fin de cuentas, ¿qué más podía pedirse, en cuestión de cuentos edificantes, dignos de espanto y maravilla? El asesinato del hijo de un duque a manos de un conocido y apuesto tahúr, y el consiguiente juramento de venganza por parte del noble progenitor de la víctima. Todo ello seguido por un suicidio, un proceso judicial y una bella prometida que se había desmayado dos veces de aflicción. ¿Acaso alguna vez había llamado la ocasión con más ímpetu a las puertas de los gac- tilleros de Fleet Street?

En ese instante, la puerta que daba al estrado, allá arriba, se abrió de golpe y salió renqueando el fornido verdugo. La susodicha prometida profirió un grito y se desmayó, por tercera vez, sobre el hombro de su hermana, dejando escapar un terrible sollozo. La señorita Elinor Col- burne llevaba varios meses proclamando valerosamente su intención de mantenerse firme y serena hasta el fin, aunque, a decir verdad, aquél no era *su* fin y con anterioridad a aquel larguísimo melodrama jamás se había mantenido firme y serena ante ninguna desgracia mayor que una cinta de pelo mal anudada.

A su alrededor, el gentío contuvo un gemido colectivo de asombro, y el condenado, el hombre que sí esperaba su fin, levantó la barbilla y salió sin vacilar al estrado, sin chaqueta ni sombrero, con los abundan- tes rizos oscuros agitándose empujados por la suave brisa. Llevaba las manos atadas a la espalda, tan prietamente que su fino chaleco de bro- cado se tensaba sobre su amplio torso, exhibiendo el costoso tejido de hilo de una camisa que, antaño blanca como la nieve y almidonada, la mugre de Newgate había vuelto gris hacía tiempo.

Un clérigo vestido de negro que respondía al nombre de Sutherland fue presentado a la multitud. Escocés y de semblante adusto, se acercó al borde del estrado con la Biblia ya abierta sobre su palma y leyó expediti- vamente unos pasajes acerca de la muerte y el perdón, después de lo cual lanzó una soflama acerca de la maldad intrínseca del juego.

Luego, como era costumbre, el condenado fue invitado a decir sus últimas palabras.

El joven de ancho torso asintió sucintamente con la cabeza y se adelantó, fijando en Elinor Colburne una mirada azul y cristalina, como si supiera con exactitud milimétrica qué lugar ocuparía la dama entre el gentío silencioso y expectante.

—Señorita Colburne. —Su potente y cultivada voz tenía un dejo del descaro propio de las gentes del Norte—. No hice ningún daño a su Percy, más allá de ganarle limpiamente un par de cientos de libras. Y con el tiempo lo demostraré. Ante usted, ante Dios y ante toda esta infame e inhumana muchedumbre.

Al oír aquello, el verdugo profirió un juramento y con un tirón impaciente apartó al reo del borde del estrado. Acto seguido le puso la negra capucha en la cabeza y tensó el nudo de la soga. El gentío contuvo el aliento colectivamente. Después, con un fuerte tirón, el verdugo accionó la palanca, se abrió la trampilla del patíbulo y el cuerpo del condenado quedó colgando como una marioneta.

La muchedumbre dejó escapar el aire que había estado conteniendo y prorrumpió en una mezcolanza de vítores, lágrimas y broncos aplausos.

Elinor Colburne soltó el brazo de su hermana y a continuación cayó de rodillas, desplomándose con un sollozo estremecedor sobre la suciedad de la calle.

Al parecer, había pasado la hora de mantenerse firme y serena.

—Ea, ea, Ellie. —Su hermana se arrodilló para abrazarla y le murmuró suavemente junto al pelo—: Lord Percy y papá han sido vengados, como nos prometió el señor Napier. Vamos, querida. Se acabó. Este horror ha concluido.

Pero no se había acabado.

Y aquel horror, ingenuos de ellos, distaba mucho de haber concluido.

Capítulo 1

*Contra la envidia de países más venturosos, este bendito
terruño, este suelo, este reino, esta Inglaterra.*

WILLIAM SHAKESPEARE, *Ricardo II*

Los muelles de Londres, 1848

La aristocracia inglesa se apoyaba en dos principios sagrados: el primero, que sus miembros habían nacido para gobernar por derecho hereditario y, el segundo, que el hogar de un hombre era su castillo. Los escoceses, en cambio, por ser en general más pragmáticos, creían únicamente que la sangre pesaba más que el agua y que el castillo de un hombre era su hogar sólo hasta que algún inglés avaricioso le ponía sitio con intención de robárselo. En cuyo caso era más probable que dicho castillo se convirtiera en una tumba. En la del inglés, era de esperar.

Sin embargo, quienes se aventuraban a salir de aquella isla coronada, de aquella piedra preciosa engarzada en un mar de plata, no tardaban en descubrir que, una vez lejos de ella, la sangre importaba menos que la pura supervivencia y el hogar pasaba a ser algo que uno tenía que acarrear de un lado a otro, metido en un baúl de viaje. Así era, en especial, para los aventureros de la Compañía de las Indias Orientales, que,

a despecho de sus esfuerzos por crear una Inglaterra Oriental, jamás lo lograban por completo. El Indostán, en efecto, se negaba a dejarse amansar para convertirse en su hogar. Y a menudo era la India la que acababa por amansarlos a ellos.

Los escoceses, por su parte, acostumbrados a las veleidades del destino, tardaban menos en avenirse a la cruda realidad de su nueva vida en la India y prosperaban admirablemente, pues un escocés o volvía rico a casa o, como un espartano caído en batalla, regresaba tumbado sobre su escudo. Durante los primeros años de la colonización, algunos se habían asimilado enteramente: habían forjado alianzas, habían hecho suyas las costumbres autóctonas y algunos hasta habían tomado por esposas a mujeres nativas que, a su vez, les habían dado hijos sanos y fuertes. De ellos, unos pocos jamás regresaron a su país; prefirieron quedarse en la India y morir allí.

Morir muy inoportunamente, por cierto.

Ésa, al menos, era la aquilatada opinión de lady Anisha Stafford, que una calurosa tarde, en Calcuta, dejó a un lado su labor de aguja y sus pensamientos para abrir el grueso sobre que un criado había puesto en sus manos y descubrió la cruda realidad de su nueva vida. No sólo su acaudalado padre escocés había muerto, sino que su esposo, un inglés sin fortuna, lo había seguido a la tumba con mucha más rapidez de la deseable. La niebla y la arena ensangrentada del campo de batalla de Sobraon habían engullido a aquel hombre lleno de arrogancia, y Anisha se había convertido de un plumazo en la más lastimosa de las criaturas: una mujer sola.

Una mujer sola en un país que en realidad la consideraba una extraña, y con dos hijos huérfanos a los que criar, más un hermano menor, joven y travieso, que se había vuelto casi peligrosamente encantador. Durante las semanas siguientes, que fueron convirtiéndose en largos meses, mientras el cadáver de su marido era trasladado a casa y se arreglaban poco a poco sus asuntos, a Anisha le quedó claro que tenían muy poco que hacer en la India. Que esta vez le tocaba a ella llenar el baúl y forjarse una nueva vida más venturosa, por el bien de su familia.

Pero en Inglaterra también se la consideraría una extraña, pues, como les sucedía a las mujeres que, como ella, procedían de la India, lady Anisha no era ni de un lado ni del otro. Su hermano mayor, sin embargo, había encontrado Londres de su agrado. Había iniciado una nueva vida. Y cuando escribió rogándole que llevara a los niños a Inglaterra, lady Anisha se permitió el lujo de llorar largo y tendido y a continuación se puso a envolver las pertenencias de su familia en paño de Holanda y jubiló a la mayoría de sus sirvientes.

Con todo, una insidiosa incertidumbre la siguió por la mitad de los siete mares, o eso le parecieron a ella, y aún seguía infiltrándose en sus sueños inquietos una fría y desangelada mañana cuando la despertó de un sopor espasmódico un sonido bronco y rasposo que sacudió las paredes de su camarote.

Despierta al instante, se agarró a tientas a su litera de madera y parpadeó para acostumbrarse a la luz mortecina de la bujía que, colgada de su gancho, proyectaba sombras frenéticas por las paredes del camarote.

¿Tierra?

Se bajó nerviosa de la litera, se acercó al ventanuco de popa y apartó el visillo de muselina. A través de la bruma y la escarcha cargada de salitre, una hilera aparentemente interminable de luces grasientas y amarillas le guiñaban los ojos como mofándose de ella.

Una línea costera. No, *la ribera de un río*.

Y más allá, en un cielo lúgubre y gris, se atisbaba apenas un asomo de la aurora rosada e invernal aún por llegar. Lady Anisha maldijo en voz baja.

En ese instante la puerta se abrió de golpe y entró Janet con el agreste cabello rojo sobresaliendo por debajo del gorro de dormir.

—¡Ay, señora! —exclamó la criada—. ¿Será esto Londres?

—Como nunca lo he visto, no sabría decirte —refunfuñó Anisha, que ya había empezado a trajinar por el camarote del tamaño de un sello de correos, al tiempo que se enfundaba en su bata—. Pero Calcuta no es, de eso no hay duda. Janet, tenías que despertarme en... ¿Dónde era? ¿En Gravesend?

—Sí, pero ¿cómo iba a despertarla, señora, si nadie ha venido a avisarme? —chilló la muchacha, y, agarrando la maleta de Anisha, la abrió de par en par sobre la cama—. ¡Y eso que anoche le dije a ese zoquete del botones, tres veces y más claro que el agua, que tenía que despertarme en cuanto llegáramos al río!

Comenzó a sacar medias y mudas del cajón que había bajo la cama.

—Y aquí en febrero hace un frío que pela, señora —añadió—, así que haga el favor de ponerse sus pololos de más abrigo. Lo que es yo, estoy tan contenta de salir de este barco del demonio que creo que voy a ponerme a bailar un giga.

—Puede que te acompañe. —Anisha sacó su peine y sus horquillas de su maletín de aseo—. Anda, ve, Janet. Yo puedo arreglármelas sola. Corre a vestirte. ¡Ah, espera! ¿Dónde está Chatterjee? ¿Ha despertado a lord Lucan? ¿Y a los niños?

En el rostro de la criada se dibujó una expresión de alarma.

—Más vale que vaya a ver, ¿no cree usted?

Se marchó tan rápidamente como había llegado, y estuvo a punto de pillarse las faldas con la puerta del camarote al salir.

Lady Anisha tardó menos de diez minutos en lavarse, vestirse y recogerse el pelo. La esposa de un militar sabía moverse deprisa y viajar con poco equipaje. Y sin duda había que apresurarse, porque ya había empezado a oír golpes y rozaduras, el ruido que hacía la carga al ser izada desde la bodega del barco. Además, a pesar de que su hermano mayor tenía múltiples cualidades, buenas y malas, la paciencia y la impuntualidad no se hallaban entre ellas.

Extrañamente, la idea de volver a ver a Raju, su hermano, después de tantos años, la ponía un poco nerviosa. De pronto tenía la impresión de que su correspondencia, a pesar de ser frecuente, no había bastado, y la insidiosa incertidumbre que sentía se convirtió en un desagradable nudo en la boca de su estómago.

¿Qué pensaría Raju de ella ahora? ¿Le parecería demasiado extranjera? ¿Y él a ella demasiado inglés? ¿Acabarían resintiéndose las relaciones con su hermano por haber venido ella a Londres? ¿Habría cam-

biado en algún sentido después de tantos años de aflicción y vagabundeos por el mundo? ¿Había cambiado ella?

Tom y Teddy habían cambiado, eso sin duda: ya no eran unos bebés. Y en cuanto a Lucan... No, él tampoco era ya aquel adolescente desgarbado.

En fin, quizás ahora tuvieran que madurar todos a una.

Se puso la última horquilla con cierta brusquedad y, tras vacilar un instante, se quitó la pequeña bolita que llevaba sujeta a la aleta izquierda de la nariz. A pesar de la censura de su padre, Anisha había llevado aquel pendiente a lo largo de su primer embarazo a fin de ahuyentar la enfermedad y los dolores del parto. Después de la muerte de su padre, había decidido no quitárselo. Por darse esa satisfacción. Para afirmarse a sí misma, suponía.

¡Ay, pero Calcuta quedaba ya tan lejos...!

Con un suspiro, dejó el pendiente en su joyero de viaje, junto a las perlas y la valiosa gargantilla kundán de su madre. De pronto, sin embargo, se sintió... mal. Fuera de lugar. Y así era, en cierto sentido. Hacía mucho tiempo que sabía que quitándose su *phul* no conseguiría desprenderse de la parte de *rajputra* que había en ella, ni aunque hubiera sentido deseos de hacerlo.

Deseaba, no obstante, asimilarse a su nuevo ambiente, aunque sólo fuera por el bien de los niños. Y, a decir verdad, quería facilitarse a sí misma la llegada a aquel imperio frío y rodeado de agua. Con el paso de los años se había cansado un poco, además, de tener un pie aquí y otro allá; de verse siempre atrapada en aquella agotadora danza entre lo que era y lo que los demás opinaban que debía ser.

El recuerdo del ceño fruncido de John pasó fugazmente por su cabeza. Lo ahuyentó rápidamente, se puso delante del espejo y bajó la mirada por el corpiño de su sencillo vestido inglés para subirla luego de nuevo hasta posarla en su poco británico rostro.

— «Y cuando yo era niño —recitó en voz baja—, hablaba como un niño, razonaba como un niño, juzgaba como un niño.»

Pero había llegado la hora, la hora triste y sobrecogedora, de arrin-

conar las cosas de la infancia. O, al menos, los consuelos de la niñez. Porque a decir verdad, al igual que su hermano mayor, ella nunca había sido niña. Y suponía que estaba tan preparada para su primera aparición en Inglaterra, para su nueva vida, como podía esperar estarlo.

Exhalando otro suspiro, se puso a guardar las últimas cosas. Un instante después, sin embargo, la asaltó el impulso de ver a sus hijos. Eran un par de monicacos descarados y, para hacerle justicia a Janet, ocuparse de ellos no formaba parte de sus tareas habituales. Pero el viaje había sido duro para todos, los niños habían hecho más trastadas que de costumbre y a la altura de Ciudad del Cabo su preceptor les había dicho adiós después de que Teddy pusiera la gota que colmaba el vaso al colgar sus calzones en el bauprés.

En seis cortos pasos, Anisha llegó a la puerta del camarote. La abrió descuidadamente y chocó de inmediato contra una losa de impenetrable virilidad y anchas espaldas.

—¡Vaya! —dijo la losa, que olía a cuero recalentado y a humo de sándalo. Dos anchas manos sin enguantar la sujetaron—. Lady Anisha Stafford, supongo.

—Eh, ¿cómo dice? —Anisha parpadeó, mirando un par de alegres ojos azules, y sus pensamientos se dispersaron por la cubierta como perdigones disparados al azar—. Disculpe, no era mi intención... Quiero decir que... —Se irguió y dio un paso atrás—. Lo lamento. ¿Nos conocemos?

Era una pregunta absurda, desde luego. Quitando a Raju, no conocía a nadie en aquel frío y grisáceo lugar.

Con una sonrisa tan ancha como sus hombros, el desconocido inclinó la cabeza y se apartó de las sombras para penetrar tras ella en el minúsculo camarote iluminado.

—No, no tengo ese placer —contestó con voz retumbante y honda—, y ahora veo que ha sido un trágico error por mi parte.

—Me temo que no lo entiendo —repuso ella mientras seguía retrocediendo, hasta que chocó con el extremo de la cama.

El hombre, que había entrado sólo a medias en el angosto camarote, apoyó un hombro en el quicio de la puerta como si se hallara completamente a sus anchas.

—Me refiero a que habría ido hasta la India en persona si Ruthveyn se hubiera molestado en decirme lo guapa que era su hermana —dijo con una sonrisa aún más grande—. Aunque, por otro lado, hasta hace poco he estado... Bien, digamos que he sido un *huésped* de la Corona, de modo que mis posibilidades de viajar se han visto muy reducidas.

Le ofreció una mano fuerte y ligeramente encallecida.

—Rance Welham a su servicio, señora.

—Ah. —Anisha miró el ornamentado alfiler de oro que Welham llevaba entre los pliegues de la corbata—. Ah. ¡Sargento Welham! —Tan pronto reconoció aquel nombre, el alivio se apoderó de ella, y estrechó la mano del recién llegado—. Es un placer, sin duda. Pero ¿mi hermano...?

—Los asuntos de la *Fraternitas* lo han retenido. —Al ver la mirada inquisitiva de Anisha, añadió—: Los problemas de siempre en París. A Guizot están a punto de ponerlo de patitas en la calle, y la confederación gala aún no sabe si considerarnos amigos o enemigos. Lamentablemente, lord Ruthveyn es nuestro único diplomático.

—Ah. —Anisha se preguntó si aquellos ojos azules claros dejaban alguna vez de brillar. ¿O se trataba más bien de un destello que auguraba peligro? Costaba saberlo, a decir verdad—. Lo entiendo.

—Lo que equivale a decir que Ruthveyn lo siente mucho —prosiguió Welham—. Yo, por mi parte, no. Y puesto que represento más bien la fuerza bruta que la sesera dentro de la organización, me ha enviado junto con una cuadrilla de lacayos y tres excelentes carruajes para darles la bienvenida y llevarles a casa, a Mayfair.

A casa. A Mayfair.

Dondequiera que estuviera eso.

—Y con cuánta rapidez —murmuró ella.

—Bueno, hacía una semana que teníamos un jinete apostado en Dartford, señora —contestó Welham, apartándose de la puerta—. Creo que Ruthveyn arde en deseos de ver a su hermanita.

El sargento Welham siguió sonriendo con aquel mismo brillo en los ojos. Era casi espantosamente guapo. Anisha sabía algo de él por las cartas de su hermano, pero aquella avalancha de encanto viril la había pillado completamente desprevenida.

Con el elegante sombrero metido bajo el brazo, Welham exhibía una desordenada mata de rizos oscuros y un par de profundos hoyuelos, uno a cada lado de una boca tan carnosa y sensual que saltaba a la vista que pertenecía a un sibarita. Y lo que era peor: era tan alto y tan ancho de espaldas que llenaba literalmente el camarote con su presencia.

—Bueno, mi niña —agregó, entrando de nuevo en el cuartucho y arreglándose las de algún modo para esbozar una elegante reverencia—, ¿tiene por aquí una doncella?

—N-no, ha sido un viaje muy duro —logró decir Anisha—. La perdí en Lisboa.

Por fin aquel brillo seductor de su mirada se desvaneció en parte.

—Las fiebres, ¿eh? Un peligro trágico de los viajes en barco.

—Oh, no. —Anisha sacudió la cabeza—. Me temo que el tedio afectó a su cerebro y se fugó con el ayuda de cámara de lord Lucan.

La sonrisa de Welham hizo de nuevo acto de aparición.

—¡Vaya, el matrimonio! Eso sí que es una verdadera desgracia.

—Ni que lo diga —repuso Anisha con sorna—. Usted no ha visto al ayuda de cámara de Luc.

—¿Qué ocurre? ¿Tenía mal genio? ¿Empinaba el codo? —Le guiñó un ojo—. Yo también, de vez en cuando.

—No, era calvo, tenía la cara picada de viruelas —contestó Anisha—. Y, además, era sosísimo.

Welham se rió de buena gana.

—Bueno, sobre gustos no hay nada escrito, ¿verdad? Les deseo buena suerte. Y ahora dígame, ¿quiere que le lleve algo? ¿Este pequeño baúl, quizás?

El baúl en cuestión tenía muy poco de pequeño. De hecho, ocupaba por completo el rincón del fondo del camarote.

—Gracias, pero ¿es que aquí no hay mozos?

La sonrisa de Welham se ensanchó.

—Creo, señora, que puedo arreglármelas solo para llevar una male-tita.

—Como quiera, pues. —Anisha ya se había vuelto para guardar las últimas cosas en su maleta—. Permítame acabar de...

—¡Vaya! —Welham, que había mirado hacia el suelo, se agachó a recoger algo y su cabeza casi rozó los flecos del chal de Anisha. Cuando volvió a incorporarse, sus mejillas enjutas y de pómulos altos se habían coloreado ligeramente—. Me temo, señora, que se le ha caído una... eh... una prenda de naturaleza íntima. Me resisto a la tentación de cogerla.

Anisha miró hacia abajo y vio su sari de dormir bajo la cama, formando un desordenado montón de seda verde. Un poco avergonzada, lo recogió y lo guardó en la maleta. Welham tragó saliva con cierta dificultad, como si de pronto se le hubiera quedado la boca seca.

—Gracias —logró decir ella, y cerró la maleta—. Bueno, entonces, vayámonos cuanto antes. Aunque primero debería ir a ver si...

Pero se pusieron los dos en marcha al mismo tiempo: ella hacia la puerta y él hacia el baúl, y quedaron encajados entre la cama y una de las grandes vigas de madera que cruzaban la pared.

Se quedaron parados un instante, tan cerca que el vientre de Anisha se apretaba contra la entrepierna de Welham. Tan cerca que Anisha vio el vello negro azulado de su barba bajo la piel y una pequeña cicatriz blanca justo debajo de su ojo izquierdo.

—Vaya. —Anisha dejó caer su maleta—. Qué tropiezo tan...

—¿Violento? —concluyó él. Pero había dejado de sonreír y su mirada transmitía algo más que simple calor.

—Creo, señor... —Intentó moverse hacia la derecha y oyó que una costura de su vestido se rasgaba—. ¡Vaya por Dios! Por favor, si tiene usted la amabilidad de darse la vuelta...

Pero otra vez se giraron al unísono y, de pronto, como parecía ser su costumbre, Welham le sonrió mirándole a los ojos; le sonrió de un modo que el calor de su sonrisa la atravesó hasta llegar directamente al fondo de su vientre. Anisha apartó la mirada.

—Bueno, mírelo así —dijo él—. Algún día seremos viejos amigos y nos reiremos de este momento.

Pero Anisha, cuyos pechos se aplastaban prácticamente contra la sólida muralla de su torso, no tenía muchas ganas de reír. Le parecía estar derritiéndose, como si su sentido común hubiera sucumbido, sofocado por el olor intenso y masculino que exhalaba Welham. Su pulso resonaba tan fuerte dentro de su cabeza que estaba segura de que Welham tenía que oírlo.

Advirtiendo su malestar, el sargento la agarró de los hombros y, con un suave gruñido, se las ingenió para pasar a su lado. El afilado borde de la cama de roble rozó la espalda de Anisha. Pero Welham no la soltó, y sintió el ardor de su mirada fijo en ella.

Como no le quedaba otro remedio, levantó los ojos y se sorprendió al ver en su mirada una expresión de ternura.

—Le pido disculpas —dijo Welham con suavidad—. Olvidaba que no está acostumbrada a nuestras depravadas costumbres londinenses. Soy un coqueto incorregible, lo reconozco, pero con usted no debería coquetear. De hecho, Ruthveyn me matará si se entera.

Pero a Anisha se le había quedado la boca seca.

—¿Estaba coqueteando? —logró preguntar.

Él le guiñó un ojo.

—Bueno, un poco, quizás.

Anisha bajó la mirada, azorada, y así pudo leer la inscripción grabada en el alfiler de oro macizo de su corbata.

F.A.C.

Formaba parte de la *Fraternitas Aureae Crucis*. La Hermandad de la Cruz de Oro. Ya de niña, a Anisha le habían enseñado a recurrir a ellos en momentos de apuro. Y, como mandaban sus votos, Welham había acudido en su auxilio incluso tratándose de una menudencia como aquélla. Quizá fuera incorregible, pero sus intenciones eran buenas.

Aquella certeza la reconfortó y la ayudó a recobrar en parte el dominio de sí misma. Apartándose de él, se echó sobre los hombros su

gruesa capa y agarró la maleta con una mano y el maletín de aseo con la otra. Aquel instante de desasosiego había pasado.

—Bien, yo llevo estas dos, milord —dijo con una sonrisa—. Si de veras puede usted con el baúl...

Poco después salieron a cubierta en medio de un gélido amanecer, Welham llevando al hombro sin esfuerzo el voluminoso baúl tachonado de latón. El paisaje que se ofreció a sus ojos estaba formado por altas paredes de ladrillo y por el inconfundible meandro del río, que no era recto, como había dado por sentado Anisha, ni mucho menos.

¿Acaso había imaginado que sería recto como una vara, igual que el Hugli, que discurría junto a su casa? Estaba claro que allí sus suposiciones estaban fuera de lugar.

Miró con nerviosismo a su alrededor y vio a los niños con el cuerpo casi colgando de la borda mientras señalaban río abajo, acompañados por Lucan. A su lado, en una jaula colocada en el suelo, *Milo*, su periquito, se columpiaba en su percha meciéndose hacia delante y hacia atrás mientras contemplaba todo aquel alboroto.

—¡Pauuuk! —protestó al verla acercarse—. ¡Prisionero británico! ¡Déjenme salir! ¡Déjenme salir!

Anisha dejó sus maletas, abrazó a los niños y se arrodilló junto a la jaula.

—Teddy, ¿dónde está la manta de *Milo*? —preguntó con reproche—. El pobrecillo no soporta este frío espantoso.

—Quería echar un vistazo —contestó su hijo a la defensiva.

—¡Mamá! ¡Mamá! —dijo Tom, su hijo de seis años—. ¡Hemos visto a un muerto!

Anisha le quitó la manta en forma de campana y se arrodilló para cubrir la jaula de *Milo*.

—¿Un muerto? —preguntó, y lanzó una mirada nerviosa a su hermano pequeño.

Lord Lucan Forsythe se apartó lánguidamente de la barandilla.

—Sí, parecía un cadáver —dijo con despreocupación—. Ven a babor si quieres y te lo enseñaré.

—Santo cielo, no. —Anisha abrochó el último corchete de la manta de *Milo* y Welham le ofreció la mano para ayudarla a levantarse—. Pero ¿un muerto? ¿De veras? ¿En el agua?

—No, lo han *aborcao* —contestó Tom alegremente.

—«Ahorcado», merluzo —lo corrigió su hermano, y señaló río abajo—. Está colgando de un madero allí. Y está en una *jaula*.

—Ya basta, Teddy.

Un poco espantada, Anisha hizo rápidamente las presentaciones.

Lord Lucan estrechó la mano de Welham calurosamente, pero no hubo forma de que los niños se olvidaran un momento de la morbosa visión del ahorcado.

—¡Y no tenía ojos, mami! —exclamó Tom, contorsionando grotescamente la cara.

—Porque se los han picoteado los pájaros, tú, *boka chele* —contestó su hermano.

—¡Ya está bien, niños! —les advirtió Anisha levantando una ceja—. Teddy, luego me explicarás dónde has aprendido esa expresión.

—Así es como llama Chatterjee a los *punkah wallah* —repuso Teddy—. Sólo significa...

—Sé lo que significa —lo atajó ella—. Y los caballeros no se insultan entre sí en presencia de una dama. Ni tampoco hablan de cadáveres. Soy muy delicada. Podría desmayarme.

—¡Vamos, mamá! —Teddy puso los ojos en blanco—. Tú nunca te desmayas.

Welham se inclinó para alborotarle el pelo.

—A mí también me parece bastante dura, muchacho —murmuró—. Pero en realidad no es un muerto, sino solo una vieja broma.

—¿Una broma, señor? —dijo el niño y lo miró con asombro.

—Sí, lo llaman Davie el Guapo, el príncipe de los piratas. —Sonrió a los niños—. De vez en cuando, los estibadores empujan demasiado el codo y lo sacan sólo por diversión. Pero el viejo Davie está hecho de lona y algodón, nada más. Es para asustar a los turistas.

—Ah —dijo Tom, visiblemente decepcionado.

Welham pareció darse cuenta de su error y se arrodilló para mirar al chico a los ojos.

—Pero la horca y la jaula son de verdad —dijo casi en tono consolador—. Mirad, ¿veis esa zona pantanosa, más allá del recodo del río? Es Blackwall Point. Allí es donde ahorcaban a los verdaderos piratas y dejaban que se pudrieran sus cadáveres como escarmiento.

Los ojos de Tom se agrandaron.

—¿En serio?

—Bueno, de eso hace mucho tiempo. —Welham guiñó un ojo—. Pero nunca se sabe.

Aquella esperanzadora noticia animó considerablemente a los niños. Pero ¿es que aquel hombre tenía que agasajar a todo el que conocía con su encanto chispeante?

En ese instante, el único criado que les quedaba cruzó la cubierta seguido por Janet.

—Ya está descargado todo el equipaje, señora —anunció Chatterjee con una elegante reverencia.

—Magnífico. Gracias. —Anisha se volvió hacia los niños—. Y ahora se acabó el hablar de horcas, por favor —añadió, incluyendo a Welham en su mirada de enojo—. Y me refiero a *todos*.

Welham se rió.

—Parece que nos han dado un toque de advertencia, muchachos —dijo—. Bien, pongámonos en marcha, entonces. Londres y sus muchas aventuras nos esperan.

Pero los niños, que sabían que era más probable que les esperara un nuevo preceptor, accedieron tan de mala gana como si se dirigieran al patíbulo a hacer compañía a Davie el Guapo. Poco después se pusieron a hablar de decapitaciones y de la Puerta de los Traidores, preguntándose en voz alta si verían la Torre por el camino.

—Le diré al cochero que pase por allí —les aseguró Welham cuando pusieron pie en tierra firme.

—No estoy segura, sargento —masculló Anisha en voz baja—, de que esté usted siendo de gran ayuda.

Aun así, la promesa de Welham pareció apaciguar a los niños, y Anisha pudo pasar los minutos siguientes contemplando su nuevo hogar, o lo que veía de él. A pesar de que las luces parpadeantes de los muelles y la costa se habían fundido con el amanecer, la vastedad de Londres, o al menos de sus lonjas, seguía siendo evidente.

Nunca en su vida había visto Anisha tanto ajeteo como en los muelles de la Compañía de las Indias Orientales al rayar el día. Las gabarras y barcazas se deslizaban de un lado a otro por el río, y una docena de barcos parecían listos para descargar mientras que muchos otros se mecían, con la arboladura desnuda, río arriba y río abajo. Los obreros pululaban como hormigas entre cajones y barriles y las oscuras lonjas se cernían tras ellos en todas direcciones.

El puerto olía, al principio, casi como el de Calcuta: despedía un denso tufo a aguas sucias y podredumbre. Luego, sin embargo, cuando por fin dejó atrás la sombra de una fragata y pudo acercarse a las lonjas, la asaltaron los aromas mucho más gratos de la pimienta, el jengibre y cien cosas más que no alcanzó a identificar: el olor del dinero, habría dicho su difunto padre.

Con paso largo, contoneando ligeramente sus estrechas caderas, Welham atravesó la orilla pantanosa y el gentío se apartó respetuosamente de su camino cuando escoltó a Anisha y a sus acompañantes hasta una calle ancha que discurría por detrás de una hilera de almacenes. Instantes después fueron introducidos en varios carruajes. Chatterjee, que se había visto obligado a aceptar el puesto de ayuda de cámara de su hermano, y Lucan ocuparon el primero. Janet metió a los niños en otro, y tras comprobar que todo se hallaba en orden, Welham abrió el tercero: un bonito landó cerrado con un escudo de armas dorado pintado en la portezuela.

—Después de usted, señora.

Anisha sintió una extraña inquietud al pensar en quedarse de nuevo a solas con Welham, pero el orgullo la hizo estirar el espinazo, recogerse las faldas quizá con ademán algo más altivo que de costumbre y subir al carruaje.

Welham entró tras ella ágilmente, cerró la puerta y arrojó su sombrero de copa sobre el asiento, a su lado. Casi de inmediato, Anisha oyó que el carruaje que abría la marcha se ponía en movimiento con un traqueteo y un tintineo de arneses. Estaba de nuevo a solas con Welham, y la penumbra y la estrechez del landó los envolvían con la misma sensación de intimidad que ella había experimentado un momento antes en su camarote.

Ciñéndose un poco más el manto para defenderse del frío y la humedad, rompió el denso silencio.

—Sargento Welham, quizá le deba una disculpa.

—¿Sí? —murmuró él—. ¿Y por qué? Dígame.

—Tom y Teddy —contestó ella—, toda esa charla acerca del... En fin, del ahorcamiento. Delante de usted, precisamente. No tenían mala intención, y lo ha encajado usted con mucha naturalidad, pero aun así...

Aquel brillo alegre volvió a aparecer en sus ojos.

—Me temo que perdí mi delicada sensibilidad en los campos de batalla del Magreb, señora —respondió—. Sus hijos parecen de armas tomar, por cierto. ¿Cuántos años tienen?

—Tom acaba de cumplir seis —dijo Anisha— y Teddy ocho. Y Luc, que tiene nada menos que dieciocho, se considera todo un hombre.

Welham se puso serio de repente.

—Entonces recemos por que lord Lucan salga pronto de su error. Londres es una escuela muy dura: suele escarmentar a los jóvenes de la forma más severa.

Anisha comprendió que hablaba por experiencia.

Justo entonces doblaron una curva cerrada. A través del ondulado cristal de la ventanilla, Anisha siguió con la mirada el extenso paisaje de mástiles y lonjas. En ese instante estaban pasando bajo el arco de una puerta rematada por una torre con reloj, encastrada en la pared de ladrillo que rodeaba el astillero y el carruaje se zarandeó un poco al girar a la derecha. Unos metros más allá volvió a aminorar su velocidad, esta vez para entrar en una avenida principal.

«Barking Road», decía la señal indicadora.

¡Qué nombres tan extraños tenían aquellos sitios! El landó se alejó de aquella calle en dirección este. Luego, justo cuando acababan de doblar el recodo, Anisha vio de pie junto a una farola a un joven de aspecto sombrío, vestido con un largo gabán. La siguió con la mirada como si no pudiera apartar sus ojos de ella.

Incapaz de refrenarse, Anisha se giró para mirar por la parte de atrás del landó. Justo antes de que lo perdiera de vista, el joven levantó su sombrero como si la saludara en silencio, y al hacerlo dejó al descubierto una mata de llamativo pelo rojo, acompañada de una sonrisa inquisitiva, casi insolente.

Anisha se dio la vuelta y miró de inmediato a Welham, que comenzó a jurar en voz baja. Él también estaba mirando hacia atrás, y sus ojos ya no parecían reír, sino que relucían llenos de amenazas.

— Ese joven — murmuró Anisha —, ¿lo conoce?

Una expresión sombría se dibujó en su antes amable semblante, y Anisha comprendió con estremecedora certeza que el sargento Welham podía ser un enemigo brutal.

— No lo conozco — contestó él entre dientes —, pero parece que no va a quedarme otro remedio.

— No le entiendo.

Welham pareció tensar de pronto todos los músculos, como un felino a punto de saltar.

— Me han dicho que trabaja para un periódico — respondió —. Pero hasta este instante pensaba que su nombre importaba poco.

— Pero mi hermano me escribió que el Lord Canciller había revocado su condena. — Anisha miró inquieta hacia atrás, pero el hombre, como era lógico, había desaparecido hacía rato —. ¿Qué pueden querer ahora de usted los periódicos?

— Según mi experiencia, la mayoría de los males del mundo tienen que ver con el dinero. — Welham tensó la mandíbula —. Concretamente, con su ganancia. Y a costa de otros, por lo general.

— Cierto — reconoció ella —, pero...

El sargento se encogió de hombros.

—Mucha gente cree que mi padre compró a la justicia para liberarme —dijo—. A más de uno le encantaría verme caer. Y calculo que eso vendería gran cantidad de periódicos.

Anisha reflexionó un momento.

—Ésa es una idea espantosa —dijo en voz baja—. Cuán horrible ha de ser para usted.

—¿Horrible? —repitió él con voz peligrosamente suave—. No, señora. Horrible es pudrirse en prisión por un crimen que no has cometido. Horrible es que te pongan una soga al cuello y no saber si al segundo siguiente seguirás respirando. Horrible es ver morir a excelentes soldados en el barro ensangrentado de África porque no tienen otra forma de ganarse la vida. Si uno logra sobrevivir a eso, normalmente no le importa un comino lo que piense la gente. Pero ese individuo ha empezado a hacer preguntas sobre mi padre. Y sobre su hermano. Lo han visto dos veces merodeando por la Sociedad Saint James, intentando colarse dentro.

—¿La Sociedad Saint James? —En los ojos de Anisha brilló un destello de alarma—. Ése es el nuevo nombre con el que se conoce a la *Fraternitas* aquí, en Inglaterra, ¿me equivoco?

—Se trata más bien de un camuflaje. —Welham tenía la mandíbula tensa, la mirada todavía dura—. Una especie de refugio, y un modo de justificar la investigación científica que está llevando a cabo el doctor Von Althausen.

Anisha vaciló, sin saber cómo formular la siguiente pregunta.

—Entonces, ese reportero —dijo—, ¿se ha encontrado usted con él? ¿Lo ha tocado?

Welham forzó una sonrisa.

—Me temo que soy bastante corriente, lady Anisha —respondió—. Carezco de las extrañas facultades de su hermano.

—Eso tengo entendido —agregó ella—. Y me alegro por usted.

Él se encogió de hombros.

—Quizá, si pasara algún tiempo en compañía de ese reportero, lo-

grara atisbar hasta cierto punto su verdadero temperamento —reconoció—. O quizá no. Algunos días dudo de poseer alguna habilidad especial en ese aspecto.

—No sé si creerle.

—Crea lo que quiera, señora, pero hay muchas personas inescrutables para mí. —Su mirada dura seguía fija en la ventanilla, atenta al exterior—. Usted, sin ir más lejos. Apostaría a que así es. Pero también creo que hay algunos individuos para los que el mal es algo tan natural, tan intrínseco, los constituye hasta tal punto, que en ellos no puede percibirse otra cosa. Y ese reportero... está vigilando cada movimiento de la *Fraternitas*, atento a cómo respiramos.

—Santo Dios.

—Y ahora al parecer también se propone vigilarla a usted. Quizá también a sus hijos y al joven Lucan. Pero hay ciertas cosas que ni siquiera yo estoy dispuesto a tolerar. Ese joven está a punto de descubrirlo. Así pues, es hora de que zanje este asunto. —Bajó la voz como si hablara consigo mismo—. Ya va siendo hora de que haga lo que juré hacer.

Su semblante había perdido todo rastro de buen humor. Y por más encanto que pudiera fingir, Anisha ya no se dejaría engañar. «Incorregible» no era el término más adecuado para calificar al sargento Welham. Aunque no hubiera sabido nada de su turbio pasado, se habría dado cuenta de que Rance Welham se conducía con la energía apenas refrenada de un soldado.

Su mirada era tan veloz que resultaba inquietante, y Anisha se hallaba ahora convencida de que podía volverse mortífero en un abrir y cerrar de ojos. Percibía dentro de él una ira velada que había calado hasta el centro mismo de su ser; una amargura que lo devoraba como un cáncer detrás de aquella fachada jovial y aquellos ojos risueños. La inquietaba, pero al mismo tiempo tenía la extraña sensación de que lo humanizaba.

Sabía por las cartas de su hermano que, en su juventud, Welham había sido acusado de asesinato y encarcelado en dos ocasiones. La pri-

mera vez se había librado de la horca gracias a su astucia. La segunda, lo había salvado la confesión de un testigo moribundo. Entre medias, había huido de Inglaterra, arribado a París y partido luego hacia África como miembro de la Legión Extranjera, un cuerpo compuesto por delincuentes, matones y mercenarios, y sólo algo menos mortal que el patíbulo.

Siguieron en silencio un rato, pero dentro del landó la atmósfera había cambiado extrañamente. Había en el aire una emoción irresuelta que hasta ella, con sus limitadas facultades, era capaz de percibir.

Como no sabía qué decir, estuvo mirando por la ventanilla mientras su pequeña comitiva circulaba por calles que pasaban de oscuras y estrechas a anchas y elegantes, y viceversa. Nunca en su vida había visto tantas torres de iglesia, y a medida que avanzaban las calles estaban cada vez más congestionadas de gente y tráfico. A cada paso se veían carros y carretas siendo descargados y gradas de portal que alguien barría mientras iban abriendo los bancos y las tiendas de Londres, dispuestos a hacer su negocio diario.

Inexplicablemente, sin embargo, su nuevo hogar no conseguía retener la atención de Anisha, que volvía continuamente la mirada hacia su acompañante. Vestido más para dar un paseo a caballo por el campo que para montar en carruaje, Welham era un hombre grande y de largas piernas, con pocas pretensiones en lo relativo a la hechura de su indumentaria. Llevaba una levita de fino paño negro, ceñida pero no tanto como para requerir la asistencia de un ayuda de cámara. Sus botas altas y sus calzas realzaban admirablemente sus piernas musculosas, aunque Anisha sospechaba que, de haber atendido a los dictados de la moda, debería haberse puesto pantalones.

De hecho, el único asomo de elegancia que había en la persona del sargento consistía en un chaleco de seda gris oscuro con botones de carey, una corbata blanca de un blanco deslumbrante y el sombrero de copa negro que reposaba a su lado. Y cuando retiró la levita un momento para sacar su reloj de bolsillo, Anisha pudo ver la esbelta curva de su cintura y casi sintió la fuerza que se ocultaba bajo la manga de su chaqueta.

Rance Welham era, concluyó Anisha, todo un hombre, lo cual, por desgracia, le hacía aún más interesante.

Tras consultar la hora y guardar de nuevo el reloj, el sargento se recostó en el asiento con un brazo apoyado sobre el respaldo y las piernas muy abiertas, de tal modo que pareció adueñarse de todo el espacio a su alrededor. Ladeó la cabeza hacia la ventanilla y un mechón de cabello oscuro cayó sobre su frente mientras su mirada veloz recorría las calles de más allá del cristal. Su actitud produjo en Anisha la vaga sensación de que había pocas cosas que le pasaran desapercibidas, y aún menos que le intimidaran.

Hizo memoria, intentando recordar lo que su hermano le había contado sobre él. Welham procedía de una familia acaudalada del Norte de Inglaterra, pero su madre había sido una escocesa de la frontera. Raju y Welham se habían conocido hacía cuatro o cinco años, en Marruecos, ¿o había sido en Argel?, pero su hermano había evitado decirle cómo. Sin duda se trataba de un asunto poco apropiado para el oído de una dama, dedujo ella, pues en cierto momento de su azarosa relación Raju se había dado cuenta de que ambos llevaban la marca de los Guardianes.

Y desde entonces se habían vuelto inseparables.

La marca, que solía llevarse en lo alto de la cadera izquierda, indicaba que determinado hombre había sido elegido por su familia, debido a su temperamento, a la tradición y al alineamiento de los astros, como Guardián de la Antigua y Noble Orden de la *Fraternitas Aureae Crucis*. En parte orden religiosa y en parte sociedad secreta, la *Fraternitas* se dedicaba aparentemente al estudio de la filosofía natural y de su relación con los grandes misterios griegos y druídicos.

Los Guardianes eran su brazo armado, los defensores de la sociedad, como soldados cristianos vinculados por juramento a la espada. La marca era simplemente una cruz latina sobre una pluma y una espada cruzadas. A veces, si la familia era de procedencia escocesa, la marca aparecía rodeada por una cartela adornada con el cardo de Escocia. En ambos casos, el símbolo podía hallarse con frecuencia a plena vista,

aunque camuflado, en frontispicios, copetes y lápidas de toda Europa, de manera parecida a la flor de lis.

Corría el rumor de que la *Fraternitas* hundía sus raíces en la antigüedad celta y en la tradición cristiana de los templarios, con alguna difusa conexión, quizá, con la masonería. Porque, en lo tocante a la organización, todo podía calificarse de «difuso». El padre de Anisha, no obstante, había pertenecido a ella, al igual que muchas otras generaciones de la familia Forsythe antes que él.

Pero nada de aquello preocupaba en realidad a Anisha. Sus hijos no habían nacido en el Signo del Fuego y la Guerra. Podían ingresar en la F.A.C. ocupando algún cargo de índole intelectual, legal o religioso, si así lo deseaban, podían ser Sabios, Advocati o Priestes, pero jamás serían Guardianes.

Ni, gracias a Dios, pesaría sobre ellos la maldición del Don.

No, a sus hijos nunca les haría falta un Guardián. Y Anisha se sentía profundamente agradecida por aquella pequeña bendición.

Debió de suspirar porque se dio cuenta de que el sargento Welham estaba mirándola desde el fondo del carruaje. Sus ojos, antes chispeantes, tenían ahora una expresión acerada, como si hubiera estado rumiando algo y le desagradara la conclusión a la que había llegado.

—Ese tipo, el de la esquina... —comentó en voz baja y retumbante—. Todo este asunto, en realidad... sin duda hace que se pregunte usted por qué me ha enviado su hermano, precisamente a mí, a buscarla. A decir verdad, le aconsejé que buscara a otra persona, pero...

Casi sin pensar, Anisha alargó el brazo entre las sombras y posó un dedo enguantado sobre los labios de Welham con expresión levemente enojada.

—Pero es usted en quien más confía —repuso con calma—. Y por tanto en quien más confío yo.

El sargento respondió con una sonrisa desganada.

—Creo, sin embargo, que Ruthveyn confía en que cuaje usted aquí, en Londres, lady Anisha —contestó—. Y dudo mucho que dejarse ver en mi compañía la ayude a conseguirlo. Así se lo dije a su hermano.

—¿Cómo dice? ¿Cuajar? ¿En qué sentido?

Welham sonrió de nuevo, pero esta vez la sonrisa no se reflejó en sus ojos.

—Ruthveyn desea que trabé usted las relaciones sociales adecuadas —explicó— y se forje una vida nueva y feliz aquí, en Londres. Deduzco que está decidido a que vuelva a casarse, de modo que mi compañía no es precisamente ideal...

Anisha se quedó de piedra.

—¿Cómo dice?

El semblante de Welham se crispó.

—Discúlpeme, me he expresado como un patán. Como verá, soy demasiado franco, pero me atrevería a decir que oír esa misma esperanza de boca de su hermano en menos de una semana.

Anisha respiró hondo para calmarse.

—¿De veras? —dijo, crispada—. Y dígame, señor... ¿Mi hermano ya me ha elegido un marido?

Al oír aquello, los ojos de Welham se agrandaron. Después pareció comprender a qué obedecía su enojo, y en ese instante volvió a aparecer su sonrisa y las arrugas que bordeaban sus ojos se fruncieron otra vez.

—Creo, señora, que en efecto tiene uno o dos candidatos en mente —murmuró—. Y ya veo que está usted perfectamente dispuesta a dejar el asunto en sus capaces manos.

—Perfectamente, en efecto —contestó ella con dulzura—. Yo, a mi vez, estaré encantada de ayudarlo a él. Hace cinco años que apenas nos vemos, y aunque no sé nada de su vida aquí, ni de sus deseos, sus esperanzas y sus ilusiones, estoy segura de que la viudedad no puede sentarle bien.

—Perdóneme, lady Anisha. —La mirada de Welham se ensombreció—. No quisiera sugerir...

—No, no, sugiera, sugiera —lo interrumpió con voz chillona—. Eso precisamente me propongo hacer yo. Debe de haber al menos una veintena de rosas inglesas dispuestas a extasiarse con cada perla que

suelte mi hermano y a decirle que es un diablillo encantador, todo ello a cambio de la corona de condesa y de su gruesa fortuna. Y créame, sargento Welham, conseguiré congraciarme con todas y cada una de ellas si mi hermano tiene la osadía de arrojarme a su presunta buena sociedad inglesa.

—¿De veras? —preguntó él.

—No lo dude —contestó Anisha—. Y después las llevaré a casa a cenar por turnos hasta que se hiele el infierno. Pero mientras aguardo esa feliz ocasión, centraré mis esfuerzos en las malas costumbres de mi hermano. Su gusto por las mujeres. Por la bebida. Su frecuente uso de los opiáceos... No, sargento Welham, los secretos de Ruthveyn no se me escapan. De hecho, seré implacable en mi empeño de que mejore. ¿Qué le parece? ¿Cree usted que así será su vida más feliz?

Pero el sargento Welham ya no parecía tan relajado, ni tan tranquilo en su asiento.

—¡Santo cielo! —murmuró.

—¿Y qué me dice de usted? —preguntó ella, ladeando la cabeza—. Quizá también pueda beneficiarse de mi ayuda.

—Eh, creo que no —contestó—. Pero gracias por ofrecerse, señora.

—¿Está seguro?

—Segurísimo, sí —respondió—. Y ahora, señora, si mira a su izquierda, verá la Torre de Londres.

—Gracias —repuso Anisha con mordacidad—. Pero no me interesan en absoluto las atracciones turísticas.

—Umm.

Después, Welham se puso el sombrero en la cabeza y se lo echó hacia delante, sobre los ojos.

Anisha se obligó a mirar por la ventanilla y a contemplar las grises y lúgubres paredes que pasaban velozmente ante sus ojos. Siguieron avanzando en silencio un rato entre el laberinto aparentemente inacabable de calles, hasta que él comenzó a roncar en voz baja.

Anisha miró exasperada hacia el otro lado del carruaje. Welham tenía la barbilla clavada en el pecho y los dedos entrelazados sobre el

chaleco. Pero ¿cómo podía dormir? ¡Y qué odiosamente grande era Londres! ¿Acaso nunca iban a llegar a donde iban? La impaciencia le picaba la nuca como un tábano.

Entonces, de pronto, se dio cuenta de lo evidente: que había disparado al mensajero y ahora ardía en deseos de clavar sus garras en el arrogante cretino que lo había enviado.

—Sargento Welham —dijo levantando un poco la voz.

—¿Eh...? —Alzó bruscamente la cabeza y el elegante sombrero cayó sobre su regazo—. ¿Ya hemos llegado?

—No, sólo quería pedirle disculpas —respondió—. He sido injusta. Estoy enfadada con mi hermano. Y usted ha sido todo amabilidad. Lo lamento.

—Umm —repitió él, volviendo a ponerse el sombrero.

—Dígame, esta encantadora iglesia antigua por la que estamos pasando —añadió—, ¿cómo se llama?

—No exagere, querida —repuso él, malhumorado—. Si no recuerdo mal, no tiene interés alguno por las atracciones turísticas.

Anisha pestañeó dos veces lentamente.

—Veo que no piensa dejarme salir de ésta fácilmente —comentó—. Me lo merezco, supongo.

—Saint Clement —dijo Welham con voz hosca—. Se llama Saint Clement Danes.

—¿Y es por casualidad su iglesia? —preguntó ella educadamente.

—Santo cielo, no. —Levantó sus cejas oscuras y rasgadas—. Además, en Londres hay mil iglesias, y hace que no piso una... En fin, no sé cuánto tiempo. —De pronto dejó caer los hombros y se rascó la barbilla pensativamente—. Aunque me temo que pronto tendré que hacerlo. Muy pronto, de hecho.

Anisha comprendió de inmediato a qué se refería. Raju le había contado por carta que el padre de Welham se estaba muriendo.

—Lamento mucho lo de su padre —murmuró—. Recibí en Lisboa la última carta de mi hermano. Decía que la salud del conde de Lazonby se había derrumbado.

—Sí, aplastada por años de sufrimiento —comentó Welham con amargura—. Y por sus esfuerzos incansables por revocar mi condena.

—Lo siento muchísimo —agregó Anisha—. Raju me ha dicho que el título pasará a usted. Estoy segura de que no le produce ninguna satisfacción.

—Así es, pero si Dios quiere todavía dispongo de un par de meses —contestó sin sonreír—. No, no me produce satisfacción alguna. Mi padre tiene apenas sesenta años, y ambos vamos a vernos despojados de su vejez. Pero con el tiempo alguien pagará por ello.

Anisha no supo qué responder. Además, no le cabía ninguna duda de que Welham hablaba de corazón. Parecía de esos hombres que hacían promesas, no vanas amenazas.

Fijó la mirada en la ventanilla y contempló el paisaje casi sin verlo. La luz invernal lanzaba una sombra bajo su pómulo limpiamente cincelado, y su perfil poseía una belleza tan dura y definida que apenas reconoció al hombre jovial que había entrado en su camarote esa mañana. Y aquella boca... ¡Ah, aquella boca bellísima y carnal! Era lo único que suavizaba su rostro. Que lo salvaba, quizás.

Anisha se obligó a apartar la mirada al tiempo que una oleada de sofoco se apoderaba de ella. Santo Dios, no era una muchachita ingenua que se dejara embelesar por un hombre, por muy guapo que fuera, y conocía lo suficiente la naturaleza humana como para percibir la amargura y la aflicción cuando las veía hechas carne.

Se volvió hacia la ventana opuesta y procuró pensar en lo que la aguardaba a continuación. Caía una llovizna helada y la promesa de un rosado amanecer se había trocado en un cielo plomizo y un viento que zarandeaba las ramas desnudas de los árboles y se colaba silbando por la portezuela del carruaje. Repentinamente, su vaga nostalgia de la India se convirtió en un anhelo profundo, y la asaltó el espanto de haber cometido un error irrevocable.

Su angustia no se había disipado aún cuando, unos minutos después, el landó aminoró la marcha y, pasando entre dos enormes columnas alumbradas con sendos faroles, enfiló la avenida semicircular de

una enorme mansión porticada, algo retirada de la calle. Cogió de mala gana su bolsito de tela y se ciñó un poco más el manto como si de ese modo pudiera defenderse de lo inevitable.

Tres sirvientes vestidos con librea y provistos de sendos paraguas negros bajaron en fila por la amplia escalinata. A Anisha le recordaron un poco a un batallón de fusilamiento. Su nerviosismo debió de reflejarse en su rostro, pues Rance Welham tomó su mano de repente y se la llevó a los labios.

—Valor, querida mía —dijo con suavidad—. Su hermano la espera. Su nueva vida la espera. Y aún dispone de dos meses antes de que empiece la temporada.

Anisha sintió que sus ojos se agrandaban.

—¿La temporada?

—Momento en el cual dejará usted boquiabierta a la alta sociedad de Londres con su belleza —añadió, con su sonrisa de nuevo firmemente en su sitio.

Ella titubeó un instante.

—Sargento Welham —dijo por fin, apartando su mano de la de él—, seamos realistas, aunque mi hermano no pueda serlo. La alta sociedad de Londres me tolerará, sí. Pero demostrará tanto interés por una mestiza viuda de un militar como yo por ella.

—No la creía tan cobarde, lady Anisha —contestó Welham sofocando una sonrisa.

—Yo no soy... —Exhaló enérgicamente y estrujó su bolso con ambas manos sobre su regazo—. Sólo soy... distinta. Eso es todo.

—¿*Sólo* distinta? —repitió él suavemente—. Sí, querida. De eso puede estar segura.

Pero sus brillantes ojos azules habían vuelto a sonreír, ocultando de nuevo su verdadero temperamento.